

JOHN GARDNER



**JAMES**  
**BOND**



MISIÓN  
DE HONOR

Bond ha sido nombrado heredero de su tío Bruce con una condición de obligado cumplimiento: tiene que gastar las primeras cien mil libras del legado frívolamente, dentro de un plazo determinado. M aprovecha tan excéntrica situación para simular el abandono de 007 tras ser declarado *persona non grata*, y así ofrecerlo como cebo a reclutados enemigos que han iniciado sus actividades en el mismo corazón de Londres. Un genio informático y un ejército terrorista de siniestro pasado se cruzarán en el camino de Bond durante esta misión que pone en tela de juicio su honorabilidad.

*Misión de honor* es la cuarta novela –la segunda que se publicaría en España– que John Gardner escribiera sobre el agente británico<sup>[1]</sup>.

# 007

---

## 1

### Robo con violetas

**A**unque un furgón de seguridad puede sufrir un asalto en cualquier momento del día, la policía metropolitana londinense no suele enfrentarse a atracadores que elijan para sus golpes las llamadas horas punta. Ni espera dificultades en lo referente a valores que viajan en vehículos tan inviolables. En el caso de la colección Kruxator, sólo unos cuantos privilegiados conocían la hora exacta de su llegada al país, si bien era del dominio público que el Victoria and Albert Museum iba a exponer durante dos semanas aquel fabuloso conjunto de joyas y obras de arte, y una ojeada a cualquier periódico bastaba para enterarse de que la fecha prevista para la inauguración de la muestra era el 15 de marzo.

**L**a colección Kruxator lleva el nombre de su creador, Niko Kruxator, dueño de una incalculable fortuna cuyos orígenes se desconocían, puesto que a su llegada a los Estados Unidos, poco más o menos coincidente con la caída de la Bolsa de Wall Street en octubre de 1929, aquel hombre no llevaba un céntimo en el bolsillo. Aunque a su muerte, en 1977, el conjunto de la opinión pública le relacionaba con sus empresas navieras, lo cierto es que el magnate griego seguía teniendo participaciones en los

restaurantes Kruxator y en la cadena de hoteles Krux-Lux. Era además único propietario de la colección Kruxator – que había legado íntegramente a su patria de adopción–, compuesta por trescientos famosos lienzos y otras setecientas obras de arte valiosísimas, entre ellas tres iconos del siglo quince, sacados clandestinamente de Rusia durante la Revolución, y nada menos que dieciséis piezas que habían pertenecido a los Borgia. Una colección de valor inestimable, pero, pese a todo, asegurada en miles de millones de dólares.

La exhibición londinense de la colección Kruxator iba a ser la última de las ofrecidas en varias capitales europeas, antes de su regreso a Nueva York. Niko, que deseaba ser recordado, y veía la mejor forma de conseguirlo haciendo que su nombre se relacionase con los de Van Gogh, Brueghel, El Greco, Matisse, Pisasso y otros maestros, había tenido la astucia de dejar en su testamento una manda que permitiese exhibir las obras en una galería. Y pese a carecer de conocimientos artísticos, le había sobrado olfato para formar una colección a base de obras que, adquiridas como inversión y a buen precio, iban a apreciarse con el paso de los años.

Si bien la seguridad de las pinturas, dibujos y joyas de la fabulosa colección estaba encomendada a una empresa especializada, los países que pedían exponer el legado Kruxator se obligaban a reforzar su custodia. A nadie se le ocultaba que los dos furgones blindados en que viajaban aquellos tesoros estaban expuestos a riesgos constantes. Y durante las exposiciones, un complejo sistema electrónico protegía todas y cada una de las piezas.

El legado llegó al aeropuerto londinense de Heathrow a las cuatro y seis minutos de la tarde, a bordo de un Boeing 747 cuyo aterrizaje no se había anunciado. El aparato fue dirigido a una zona de descarga distante de las terminales de pasajeros, en las inmediaciones de los antiguos hangares de la Hunting Clan, que seguían ostentan-

do en grandes letras blancas el nombre de dicha compañía.

Los furgones blindados se encontraban ya esperando. Habían llegado por vía marítima procedentes de París, tras proceder a la entrega de la carga la noche anterior, en el aeropuerto Charles de Gaulle. Dos coches policiales camuflados les daban escolta en Londres.

Los cargadores, empleados de confianza de la agencia Kruxator, conocían tan bien su trabajo que la totalidad de la expedición pasó del avión a los furgones en menos de una hora. El discreto convoy, precedido por uno de los coches de la policía y con otro en cola, rodeó el perímetro del aeropuerto antes de unirse al tráfico normal del paso subterráneo comunicante con la autopista M4. Eran poco más de las cinco y cuarto y, con la caída de la tarde, comenzaba a intensificarse el tránsito tanto de salida de la capital como de entrada a ella. Aun así, la caravana no tardaría más de media hora en alcanzar el fin de la autopista, donde ésta, reducida a dos carriles, desemboca en el paso elevado de Hammersmith y allí canaliza la circulación hacia Cromwell Road.

Informes posteriores de los coches policiales –que permanecían en contacto radiofónico con los furgones blindados– dieron cuenta de que durante la primera etapa del trayecto se había producido cierta confusión. Una llamativa muchacha de raza negra, que conducía un coche deportivo de color violeta, consiguió situarse entre el automóvil de cabeza y el primer furgón en el momento en que el convoy acometía la rampa del paso elevado; a todo eso, una segunda joven no menos vistosa, ésta de raza blanca, vestida de color violeta y al volante de un automóvil deportivo de color negro, se interponía entre el otro furgón y el coche policial que marchaba al final de la caravana.

Las radios no transmitieron en un principio señal alguna de alarma, por mucho que furgones y vehículos policia-

les se veían cada vez más separados entre sí por las maniobras del Lancia violeta y el Ferrari negro que con tanta habilidad habían introducido las dos jóvenes en la formación. El coche policial de cola hizo dos intentos de adelantar al Ferrari negro y situarse en su anterior posición, pero ambos fracasaron, porque en la primera ocasión el intruso le cerró el paso invadiendo el carril, y en la segunda, reduciendo la marcha, permitió que se interpusieran otros vehículos. El Lancia, entretanto, maniobraba de idéntica forma en la cabecera del convoy. Al llegar a la Cromwell Road, no solamente había aumentado la separación entre los coches policiales y los furgones, sino que éstos se encontraban a su vez distanciados entre sí.

El itinerario elegido respondía a criterios de máxima seguridad. El convoy tenía que abandonar la Cromwell Road torciendo por Kensington High Street, luego doblar a la derecha antes de Knightsbridge y desde allí, siguiendo calles de sentido único, alcanzar el Victoria and Albert Museum por Exhibition Road, con lo cual se evitaría la vulnerable entrada principal del edificio.

El primer coche de la policía se encontraba a la altura del hotel Royal Garden, a un lado de los jardines de Kensington, y el otro apenas había entrado en la High Street, cuando las comunicaciones de radio se interrumpieron.

El primer automóvil quebrantó todas las normas de seguridad al poner en marcha su sirena y efectuar un giro en U, a fin de evitar un atasco y retroceder por la Kensington High Street. El de cola, un tanto alarmado también, maniobró de forma agresiva. El resultante estruendo de bocinas se vio súbitamente acallado por una espesa nube de asfixiante humo color violeta. Consumados los hechos, los conductores de ambos furgones y los centinelas armados que en ellos viajaban coincidieron en su versión de lo ocurrido: «El humo apareció sin previo aviso. No hubo explosiones ni ningún otro indicio. Sólo aquella cortina violeta, salida como de la nada. Y entonces todos los sistemas

eléctricos de la cabina entraron en funcionamiento, como si se hubiese producido alguna formidable avería. Lo que uno hace en esos casos es apagar el motor, pero partían descargas por todas partes, y vimos que estábamos en peligro de electrocutarnos. Abandonamos el vehículo por puro instinto de conservación...».

Ninguno de los cuatro testigos recordaba nada de lo sucedido después de evacuar los furgones. Más tarde les encontraron tendidos ordenadamente en la acera, todavía con los cascos de seguridad y los chalecos antibalas puestos. Al igual que a numerosas otras personas que se encontraban en los alrededores, hubo que administrarles cuidados médicos especiales, pues el humo les había producido trastornos respiratorios.

Los dos furgones habían desaparecido, sin más. Como tragados por la tierra.

En su aparición en el telenoticias de las diez, el jefe de policía encargado de la investigación aseguró que el asalto había sido calculado al segundo, sin duda precedido por una larga serie de ensayos. En realidad, según confiara previamente el mismo representante de la policía a sus colegas, la sincronización había sido tan exacta, que llevaba a pensar en un robo planeado por medio de ordenadores. Las únicas pistas eran los dos coches deportivos y la descripción de sus respectivas conductoras. Sin embargo, el registro central no tardó en comunicar que ninguna de ambas matrículas –anotadas con toda exactitud por los policías– habían sido asignadas a vehículo alguno.

El robo de la colección Kruxator fue audaz, minucioso, brillante y costosísimo. El estancamiento de la investigación policíaca subsiguiente ocupó los titulares de la prensa por espacio de casi un mes. Incluso los malintencionados comentarios sobre filtraciones en los sistemas británicos de seguridad, y la súbita dimisión de un veterano agente de los Servicios Secretos –el comandante James Bond–, se vieron relegados a un rincón de la segunda pá-

gina, y pronto desaparecieron enteramente de la vista del público.



## 2

### Tinieblas exteriores

**E**l reglamento lo establecía muy claramente en su página 12, c:

Todo oficial en activo cuya situación económica se vea alterada, tiene la obligación de informar de ello al jefe de la sección A, aportando cuantos pormenores y documentación considere oportunos o deseables.

La sección A, ni que decir tiene, era la de contabilidad; sin embargo, la información confidencial relativa a ciertos temas –por ejemplo, la herencia que le había llegado a James Bond de Australia– pasaba también automáticamente al registro y a la atención de M y del jefe de personal.

Si en la vida ordinaria Bond hubiese recibido calurosas felicitaciones por la fortuna que le llovía del cielo, en el servicio la actitud era otra. Los que trabajaban en el registro son, tanto por tradición como por formación, circunspectos. Ni a M ni a Bill Tanner se les hubiera ocurrido mencionar el asunto, pues ambos eran hombres de la vieja escuela para quienes lo referente a la economía personal era cuestión privada. El que tanto el uno como el otro estuvieran al corriente del hecho, no impedía que fingiesen igno-

rarlo. Así pues, cuando el propio M sacó el asunto a colación, fue casi una sacudida.

Los meses inmediatamente anteriores a la noticia de la herencia habían sido para Bond de monótona rutina. Si los aspectos administrativos de su trabajo le habían parecido siempre enervantes y fastidiosos, aquel verano –distante ya dieciocho meses– le resultaban todavía más antipáticos, en particular por haber tomado ya todas sus vacaciones, un error que le condenaba a pasarse los días, uno tras otro, liado con expedientes, memorandos, instrucciones e informes ajenos. Y como ocurría tan a menudo en el mundo de Bond, no se presentaba encargo alguno –ni un simple trabajo de mensajero confidencial– con que aliviar la pesadez de aquellos meses calurosos.

Hasta que por fin, ya a principios de noviembre, llegó la noticia de la herencia. Un sobre de grueso papel kraft, con matasellos de Sidney, aterrizó en su buzón con un sonoro plaf. La carta era del bufete de abogados que durante largos años había gestionado los asuntos de un tío, hermano menor de su padre, a quien Bond nunca había visto. Tío Bruce, que a su muerte era, al parecer, dueño de una considerable fortuna, nombraba heredero universal de sus bienes a James, cuyos medios económicos habían sido escasos hasta ese momento. Su suerte experimentaba así un cambio radical.

El patrimonio ascendía aproximadamente a un cuarto de millón de libras esterlinas, pero el testamento contenía una cláusula. El tío Bruce, hombre con sentido del humor, exigía que su sobrino gastase, en un plazo de cuatro meses y «de forma frívola», por lo menos cien mil libras.

A Bond no le costó el menor esfuerzo discurrir la manera de dar cumplimiento a esa extravagante condición. Antiguo apasionado de los automóviles Bentley –de cuyos primeros modelos había sido fervoroso propietario y conductor, para luego desprenderse de ellos con el mayor pesar–, llevaba un año codiciando el llameante Bentley

Mulsanne Turbo. Legalizado por fin el testamento, Bond se encaminó directamente a los locales de exposición que Jack Barclay tenía en Berkeley Square y encargó uno de aquellos coches de artesanía, en el que siempre había sido su color favorito –el verde–, con tapizados color magnolia.

Un mes más tarde visitó la división de automóviles de la Rolls-Royce de Grewe y pasó una agradable jornada con su director, a quien expuso que la única tecnología especial que deseaba instalar en el automóvil era un pequeño compartimento secreto para armas, y un teléfono de largo alcance que suministrarían los expertos en seguridad del CCS –Communications Control Systems–. Bond recibió el Mulsanne Turbo a finales de la primavera, y habiendo abonado su importe total en el momento del pedido, dispuso gozosamente de las restantes treinta mil libras gastándolas con amistades –en su mayoría femeninas–, y en su propia persona, todo ello con un tren de vida como no lo había disfrutado en muchos años.

Pese a todo, no resultó fácil sacar a 007 de aquella calma chicha. Ávido de acción, trataba de remediar la ausencia de ella trasnochando demasiado y añadiendo la emoción de las mesas de juego y el soso aliciente de una aventura con una chica a la que venía tratando hacía años, y que al cabo de unos meses se acabó, como una vela, con un breve chisporroteo. Aquella temporada de soñadora indolencia no hizo sino acrecentar la turbadora sensación de que su vida estaba desprovista de sentido.

En los últimos días de la primavera pasó una semana bastante grata probando, con el comandante Boothroyd, el armero de la sección Q, y con Quti<sup>[1]</sup>, su simpática ayudante, un revólver que el Servicio estaba considerando adoptar como arma reglamentaria. Bond encontró en la ASP de 9 mm, adaptación de combate de la Smith & Wesson del mismo calibre, una de las armas más satisfactorias que había empleado hasta ese momento. Era de señalar,

sin embargo, que la ASP había sido construida con arreglo a instrucciones de los Servicios norteamericanos de Inteligencia y Seguridad.

A mediados de agosto, invadido Londres por los turistas y con una especie de letargo flotando sobre el cuartel general de Regent's Park, Bond recibió una convocatoria de la secretaria de M, la fiel señorita Moneypenny, y se encontró en el despacho de su jefe, donde también le esperaba Bill Tanner. Fue allí, en el noveno piso, con vistas al parque polvoriento y caluroso, donde M, le sorprendió sacando a relucir el tema de la herencia de Australia.

La misma Moneypenny había mostrado un talante muy distinto del habitual, propenso al flirteo, mientras aguardaba Bond en la antesala. Su actitud le dio la clara impresión de que, fuera cual fuese la causa de la convocatoria, M no le reservaba buenas noticias. Impresión que se hizo más viva después de que le autorizasen a entrar en el despacho. Además de M, se encontraba en su interior Bill Tanner, el jefe de personal, ambos con un aspecto que inspiraba recelo. El primero evitó incluso mirar a Bond, y Tanner apenas se volvió para darse por enterado de su presencia.

—Tenemos en la ciudad dos cazadores de ambulancias rusos —declaró M escuetamente y en tono neutro en cuanto Bond se hubo acomodado frente al escritorio.

—Entiendo —dijo Bond, no hallando otra posible respuesta a esa jugada de apertura.

—Chicos nuevos en la plaza —continuó M—. No se escudan en cargos diplomáticos, y la documentación que usan es francesa, pero se trata sin duda alguna de cazadores de ambulancias de alta calidad.

El jefe del Servicio se refería a personal soviético especializado en el reclutamiento de posibles informadores y agentes dobles.

—¿Quiere usted que los reexpida en el primer vuelo que salga hacia Moscú? —propuso Bond algo animado an-

te esa perspectiva de acción que, aunque modesta, era preferible a matar el tiempo resolviendo papeles en su despacho.

M hizo caso omiso de su oferta y fijó la mirada en el techo.

–Tengo entendido que le ha llegado dinero a las manos. ¿No es así, cero cero siete?

La pregunta dejó a Bond poco menos que escandalizado.

–Una pequeña herencia...

–¿Pequeña? –replicó M, alzando una ceja burlona.

–Esos cazadores de ambulancias son profesionales de alto voltaje –intervino Bill Tanner desde la ventana–. Los dos han cosechado ciertos éxitos en otras plazas, Washington por ejemplo, si bien eso nunca se ha podido probar de forma concluyente. Y después de Washington, en Bonn. En ambas ocasiones actuaron con mucho sigilo, y nadie se percató de nada hasta que era ya demasiado tarde. En Washington hicieron bastante daño. Y en Bonn, todavía más.

–Las órdenes de expulsión llegaron cuando los pájaros ya habían levantado el vuelo –explicó M.

–Y ahora, sabiéndoles en el Reino Unido, quieren ustedes presentar algunas pruebas sólidas –aventuró 007, en cuyo espíritu se había insinuado un pensamiento desagradable.

Bill Tanner se acercó y, arrastrando una silla, fue a sentarse junto a Bond.

–Se da la circunstancia –dijo– de que el soplo nos ha llegado enseguida, de modo que deben pensar que no estamos en el ajo. Por una vez, nuestros hermanos del Cinco se han mostrado serviciales...

–¿O sea que se encuentran aquí, y activos? –no siendo costumbre de M ni de Tanner andarse por las ramas, Bond se esforzaba en mostrarse paciente–. ¿Y quieren ustedes pruebas irrefutables? –insistió.

Tanner inhaló con fuerza, como hace quien se dispone a decir algo que le pesa en la conciencia.

–M quiere utilizar un señuelo –confesó en voz baja.

–Una carnada, un cebo –subrayó con un gruñido M.

–¿Yo?

Hundiendo la mano en su bolsillo interior, Bond sacó su pitillera de bronce.

–Naturalmente –dijo M, refiriéndose a que no le importaba que fumase 007, el cual encendió un H. Simmons especial de los que adquiría al por mayor en la vieja tienda de Burlington Arcade, donde aún era posible conseguirlos.

–¿Yo? –repitió Bond—. ¿Soy yo el cebo?

–Más o menos.

–Con todos los respetos, señor, eso es como decir de una mujer que está más o menos embarazada –repuso Bond. Y agregó, con una pálida sonrisa–: ¿En qué quedamos: soy o no soy el cebo?

–Lo es –repuso M con un carraspeo, visiblemente molesto por lo que se disponía a comentar—. La verdad es que... nos lo sugirió ese... pequeño golpe de suerte que usted ha tenido.

Lo de «pequeño» lo dijo con retintín.

–No comprendo qué tiene eso que ver con...

–Permítame que le haga un par de preguntas –le interrumpió M, que andaba a vueltas con su pipa—. ¿Cuántas personas saben que le ha... hmmm... tocado dinero?

–Como es natural, las que tienen que estar al tanto de ello aquí, en el Servicio, señor. Y aparte de ellas, sólo mi abogado, el que lo fue de mi difunto tío, y yo...

–¿No lo ha ventilado la prensa, no se ha cacareado por ahí, no es del dominio público?

–¿Dominio público, señor? Desde luego que no.

M y Tanner intercambiaron una mirada.

–Últimamente su tren de vida ha sido un tanto dispendioso, cero cero siete –apuntó M, ceñudo.

Bond guardó silencio, en espera del resto. Como imaginara, no se trataba de buenas noticias. Fue Tanner quien planteó el asunto.

–Verá, James... Se han producido comentarios. Habladurías. Las cosas no pasan inadvertidas a la gente, y en Whitehall se rumorea en estos momentos que el comandante Bond lleva una vida un poco desordenada: juego, el nuevo Bentley, compañía... ejem... femenina, facturas crecidas...

–¿Y bien? –Bond no estaba dispuesto a darles facilidades.

–Pues que nuestros gallardos aliados de Grosvenor Square –una alusión a la sede de la embajada norteamericana– nos han venido con preguntas..., como suelen hacer cuando uno de nuestros oficiales veteranos cambia su estilo de vida.

–¿Los americanos me consideran un riesgo a efectos de seguridad? –se picó Bond–. ¡Qué carotas!

M golpeó el escritorio con los nudillos.

–Repórtese, cero cero siete. Están en su perfecto derecho de preguntar. ¿Va a discutirme que viene actuando como un *play-boy*? Pues bien, esa clase de cosas les despiertan recelos.

–Y si ellos se ponen susceptibles –explicó Tanner con una sonrisa forzada–, a saber qué estarán pensando los que observan desde Kensington Gardens... –alusión, esa vez, a la embajada de la Unión Soviética.

–Majaderías –replicó Bond, escupiendo casi la palabra–. Me conocen de sobra. Si lo de la herencia les interesa, lo averiguarán en un periquete.

–Oh, claro está que les interesa –le atajó Tanner–. ¿Acaso no ha notado nada?

Bond frunció el ceño mientras negaba con la cabeza.

–¿De veras? ¿Por qué había de notarlo? En cualquier caso, se han mostrado muy discretos. Ni vigilancia permanente ni nada por el estilo... Sin embargo, la gente que te